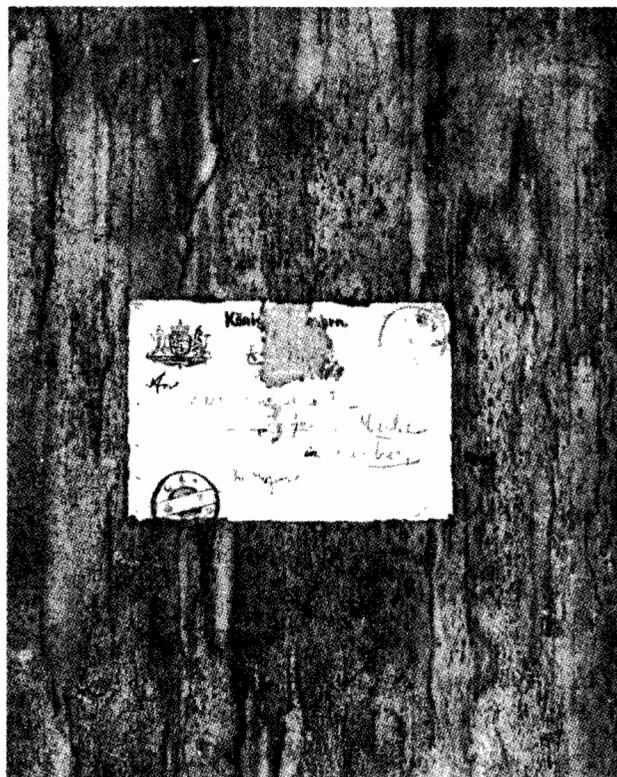

¿El fin de la Provincia?

Dr. José María Murià

Director de El Colegio de Jalisco

Mañana, al igual que siempre, la cultura habrá de estar fuertemente imbricada con el devenir general de la sociedad. No faltará quién procure una gestión cultural ascéptica —libre de elementos contaminantes provenientes de la cotidiana gestión política o determinados por las relaciones económicas de todos los días—; sin embargo, en el mejor de los casos, sólo puede aspirarse a comodidad y tolerancia para el desarrollo de las ideas y que éstas puedan ser expresadas con un mínimo de cortapisas.

No obstante, debe considerarse que, además de inevitable, tiene sus ventajas tal relación de la cultura con la sociedad y el Estado, pues abre las puertas para que la influencia sea recíproca y permita, por consiguiente, la incidencia del quehacer cultural en la vida de toda la comunidad y en las



decisiones de quienes la gobiernan.

La atmósfera que se respira en nuestro país es buena en comparación con la de ciertas naciones. Aunque también debemos reconocer que no vivimos en el mejor de los mundos posibles. Entre otras cuestiones, el centralismo, que se ha fortalecido tanto durante el presente siglo, constituye una verdadera camisa de fuerza que limita e impone criterios unilaterales al desarrollo de la cultura mexicana; lo que de alguna manera imposibilita el tránsito a terrenos más democráticos y a la larga pudiera ocasionar o puede crear graves y conflictivas divisiones internas que, en un momento dado, constituyan un peligro para la septuagenaria "estabilidad política" de los mexicanos.

La cabeza es de tal magnitud que empieza ya a fatigar al resto de nuestra nación y ésta comienza a dar muestras de agobio y debilidad, por causa del peso excesivo que tiene que soportar. De hecho, el centro requiere urgentemente la descentralización, y la periferia, por su parte, la exige con mayor ahínco. Mala cosa en tiempos de cambios acelerados y en víspera de nuevas y más intensas relaciones con sociedades que económicamente nos llevan tanta ventaja.

Sin mayores consideraciones sobre su bondad o inconveniencia, todo parece indicar que un tratado de libre comercio dará lugar a un país distinto de aquél que tenía un Estado sobreprotector, promotor

el centralismo, que se ha fortalecido tanto durante el presente siglo, constituye una verdadera camisa de fuerza que limita e impone criterios unilaterales al desarrollo de la cultura mexicana; lo que de alguna manera imposibilita el tránsito a terrenos más democráticos y a la larga pudiera ocasionar o puede crear graves y conflictivas divisiones internas que, en un momento dado, constituyan un peligro para la septuagenaria "estabilidad política" de los mexicanos.

y en última instancia, rector de casi toda la vida nacional. Lo importante aquí—que debe entenderse como nuestra principal obligación— es cuidar que los intereses de los mexicanos y los lazos que nos unen no acaben maltrechos y andemos a la deriva justo al navegar en aguas de mayor profundidad.

Si no puede soslayarse la nueva economía regionalizada del orbe, es fundamental no perder la brújula. Ahora más que nunca, resulta indispensable una intensa actividad cultural en la que reflejemos lo que verdaderamente somos.

El Tratado de Libre Comercio, a pesar de que sus perfiles no están aún completamente definidos, es ya un hecho concreto. Ello entraña grandes peligros y nos obliga a ser mucho mejores en todos los aspectos, pues dará lugar a una comunidad más intensa de nuestras culturas—que de por sí son fuertes— con las de países distintos, lo cual puede enriquecernos sobremanera; además de proyectarnos en otros ámbitos. Recuérdese lo exitoso de la civilización mexicana cuando ha logrado conferirle un sentido universal a las ricas expresiones locales.

Carlos Fuentes lo dice muy bien en la "Introducción" a su Espejo Enterrado, y agrega que "la crisis que nos empobreció también puso en nuestras manos la riqueza de la cultura" y que nuestra herencia cultural ha permanecido de pie en medio de todas nuestras desgracias. Ni duda cabe, tanto para México como para los demás países de América Latina, como señala Fuentes, que el acervo cultural

acumulado constituye una fuente de excepcional riqueza, que dista mucho de haber sido aprovechada como se debe; además de haberle dado con frecuencia la espalda, en virtud de haberla catalogado como una manifestación de barbarie y preferido emprender burdas imitaciones de modelos trasatlánticos.

Fuentes menciona también que "hemos buscado o impuesto modelos de desarrollo sin mucha relación con nuestra realidad cultural". Puede suponerse que el centralismo es uno de ellos, en aras de instituir un Estado nacional a imagen y semejanza del francés o perpetuando costumbres impuestas por la dominación colonial habida antes y después de la consumación de la Independencia.

Se antoja conveniente, dadas las necesidades del porvenir, proponer una real descentralización que permita un desenvolvimiento más cómodo de las ideas y de las formas que surgen a lo largo y ancho de nuestro país, en cada uno de los espacios que sin perder ni un ápice del común denominador de mexicanos, gozan de características propias; las cuales, en años anteriores, más que cultivar, tal parece que nos hubiéramos empeñado en desterrar.

No se puede hacer tabla rasa de una pluralidad tan intensa como la nuestra. No es posible ni tampoco conveniente. Tarde o temprano las peculiaridades regionales saldrían a flote, y entre tanto, nos habríamos perdido de los muchos recursos que pueden manar de la conjunción de tal variedad de experiencias.

Convendría, pues, que todos estuviésemos concientes de que la descentralización es una prioridad nacional favorable a todos los mexicanos, capitalinos o no, que debe perseguirse con mayor intensidad y eficacia de lo que se ha hecho hasta ahora.

En realidad es muy poco y poco eficiente lo que ha podido lograrse en este sentido. Vale la pena recordar aquí, que el terremoto de 1985 puso en claro muchos de los males y debilidades de la gran metrópoli nacional que se derivan de la macrocefalia mexicana. En consecuencia, Gabriel Zaid, un regiomontano e ingeniero metido después, para bien de todos, a intelectual capitalino, en 1986 propuso unos interesantes y sugerentes "Remedios contra la hinchazón" de que adolece evidentemente la cabecera de nuestro país, que no han perdido vigencia.

Zaid considera que ni llevar delegaciones del poder

central a los estados, ni sacar dependencias completas del Distrito Federal servirá para algo. Lo primero conlleva, generalmente, mayor personal y confusión de atribuciones, sin que las resoluciones lleguen a tomarse *in situ*, como sería deseable, de acuerdo con las circunstancias locales. El delegado difícilmente alcanza a ser algo más que un simple intermediario que sólo enmaraña la comunicación.

Sobre el segundo aspecto —sacar dependencias del D.F.— debemos reconocer que siempre se acaba dejando en el Valle de México una oficina de guardia "pa' lo que se ofrezca", pero el caso es que se ofrecen tantas cosas que la guardia acaba hinchándose y lo único que se gana es un ajetreo continuo entre la sede teórica y el verdadero centro de operaciones.

La fórmula ofrecida por Zaid no es complicada:

1.- Establecer que para ser presidente de México, se debe haber sido primero gobernador. "Hay que cambiar la ruta del poder... a más de treinta colas convergentes... pero no concentradas en una sola ciudad".

2.- Suprimir la mitad de las dependencias oficiales y dejar sus atribuciones a los gobiernos estatales, que pueden desempeñarlas mejor o menos mal ...

solamente la Defensa y la Marina, las Relaciones Exteriores, la Gobernación y la Hacienda tienen que ser patrimonio federal.

3.- Sacar de la capital la educación superior. Lo cual no resulta tan difícil ahora, puesto que, según dice, "los títulos de la capital se han ido devaluando".

"La universidad nacional podría volverse más verdaderamente nacional instalándose por todo el país..."

4.- Encarecer el dólar, en vez de mantenerlo barato. Para que los capitalinos puedan importar y viajar a su antojo y hacer invasiones faraónicas para tranquilizar a las grandes "multitudes aspirantes a más" que viven en el Distrito Federal.

No es el caso discutir en este momento, si con el acatamiento de tales propuestas se lograría una verdadera reducción de la capital y de su poderío; pero todo constituye una muestra de que, por una parte, el Centro necesita urgentemente de su decrecimiento y lo que está a su alrededor requiere con premura fortalecerse. Pero vale insistir en que la descentralización debe ser real, con miras a desenterrar todos los espejos en que pueda verse nuestro rostro, de proceder al "redescubrimiento de nuestra realidad cultural", como pide Fuentes, o de exhumar el México

Profundo con toda su policromía y aprovecharnos de la vitalidad que le proviene de sus hondas raíces, tal como nos lo planteó magistralmente Guillermo Bonfil.

El desarrollo armónico de todas las vertientes de la cultura nacional es un requisito indispensable para lograr la vigorización de ella misma. Es también un paso indispensable para la democracia del país.

No es el caso de que la descentralización se entienda tan sólo como la dádiva que el Centro hace a la periferia de los testimonios y los actores de su creatividad cultural, sino como la posibilidad de que cada una de las entidades de las que se compone nuestro país establezcan relaciones con todas las demás y que, con ello, la cultura nacional se recomponga con base en una comunicación más eficiente y en una relación armónica de todo lo que la constituye.

Lo que se propone es que la cultura se desarrolle desde muchos polos, según el saber y entender de quienes viven en

el Centro necesita urgentemente de su decrecimiento y lo que está a su alrededor requiere con premura fortalecerse.

cada uno de ellos, lo que equivale a tomar en consideración las expectativas, posibilidades y ambiciones de cada individuo inmerso en ellas.

No cabe duda de que son las universidades las que están en condiciones de hacer cultura, no de concretarse únicamente a repetir lo que otros dicen; son las instituciones que pueden ser más útiles en este proceso, dado que, en términos generales, cuentan con los elementos para un intenso quehacer cultural. Aunque para ello resulta indispensable que permanezcan en los estados aquellos recursos que le son propios, en vez de que casi todo se envíe a las arcas federales para que éstas hagan el reparto a su modo y como sucede siempre, con el que parte y comparte, con la mayor inequidad.

A diferencia de lo que decía Zaid, son las universidades de la nación —que no la Universidad Nacional— las instituciones que podrían desempeñar un brillante papel en la descentralización; por ende, en la democratización del país. Ellas son las que disponen de una verdadera "capacidad de decisión local".

Recuerdo el caso de la Universidad Veracruzana que, desde mediados la década de los cincuenta, empezó a mejorar

son las universidades de la nación las instituciones que podrían desempeñar un brillante papel en la descentralización; por ende, en la democratización del país. Ellas son las que disponen de una verdadera "capacidad de decisión local"

muchísimo y a contribuir de una manera muy señalada en el desarrollo cultural, no sólo de las principales ciudades de su "entidad federativa" sino del país entero. Basta recordar sus publicaciones de entonces, cada vez más apreciadas, para confirmar lo que estoy diciendo.

Este resultado se logró gracias al aprovechamiento de una buena coyuntura: el encuentro de ciertos recursos con una voluntad política enérgica y la posibilidad de recuperar la presencia de unos cuantos veracruzanos de gran valía, que supieron apoyarse en jóvenes valores egresados de centros de estudios capitalinos para llevar su tarea adelante. Sin embargo, un buen día, sobrevino un rápido declinar que puede ejemplificarse con la anécdota siguiente, ocurrida allá en los años sesenta:

A un catedrático novel, oriundo de la colonia Roma, le avisaron, mientras estaba en

clase, que tenía una llamada telefónica del Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, quien le comunicó que tenía para él una "plaza" de poca monta. El joven catedrático salió precipitadamente de la escuela. Cerró la maleta tan rápido como pudo y se fue directamente a la estación de los ADO. Ni siquiera se acordó de los libros que dejó en el salón, pues lo suyo era una verdadera huida de las limitaciones a las que no estaba acostumbrado. Aún cuando la plaza capitalina era de muy "poca monta", como fuera resultaba mucho mejor que su flamante nombramiento xalapeño.

Cuando el capitalino señala con rencor que el agobio de su ciudad se debe al alud de provincianos que ha caído sobre ella, debería tomar en consideración el enorme desequilibrio de la distribución de recursos entre las instituciones de allá y las de por acá y acullá.

Lo que conviene es un aporte sostenido y no aleatorio como el que tuvo Xalapa. En la Universidad de Guadalajara, por caso, después de las enormes mejoras de los últimos años y de las importantes actividades concretadas, entre las que se encuentran el impresionante desarrollo de la investigación y de la producción editorial, así como

fenómenos tales como la Feria Internacional del Libro y la Muestra de Cine Mexicano —inconcebibles hace una década— nos asalta y a veces desanima la duda sobre la continuidad y pervivencia de lo que se ha realizado con tanto esfuerzo y la posibilidad de que, a fin de cuentas, lo mucho o poco que se haya podido lograr, acabe por desintegrarse.

Se ha dicho que debe pugnarse por el "fin de las provincias", para que disminuya así la asimetría que existe. Lo que debe hacerse es exactamente lo contrario: la sublimación de la provincia, su rescate y fortalecimiento. De otra manera, se continuará con el afán homogeneizador del centralismo mexicano.

Lo que se requiere es que cada una de las provincias se fortalezca en cuanto a lo que es y lo que tiene. Según el decir del propio Padilla: "éstas han sido el sustento de la mexicanidad de la que se ha nutrido la cultura nacional y de la que requerirá nutrirse en el futuro para sobrevivir".

Lo que debe desaparecer con rapidez es la dependencia sumisa, el papel de tributario y de recipiente de lo que concede la benevolencia metropolitana, así como su tutela. Recordemos aquel principio de defender el derecho de autodeterminación de

los pueblos que los mexicanos hemos sostenido con tanta perseverancia y categoría, para alumbrar el ámbito internacional y del que hemos dejado a obscuras la propia casa.

Hace algún tiempo que la inconformidad por esta situación empezó a sentirse con fuerza creciente. Fue la época en que el propio capitalino empezó, incluso, a evitar el término de "provincia" y a sustituirlo por otro peor, tomado de los hermanos del cono sur que poblaron principalmente al Distrito Federal en la década de los años setenta: se pasó entonces a hablar del "interior"... El sentido peyorativo siguió siendo el mismo, pero la forma resultó aún peor.

Dejándole a las "provincias" sus recursos, aún para bien de todos, derivándole los más posibles para que la vida en ella ofrezca las condiciones ínfimas a satisfactores mínimos que requiere el hacedor de la cultura, cada una adquirirá el papel que le corresponde, señalado, sin ánimo de inventar nada, por la propia Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos.

Cada provincia debe ser simple y sencillamente ella misma y convertirse así en un verdadero estado libre y soberano, donde artistas e intelectuales puedan vivir con menos desventajas y dependencias que las habidas hasta ahora respecto de la muy noble y leal ciudad de México.